

4

Ignacio de Loyola

JOSÉ MARÍA RODRÍGUEZ OLAIZOLA, SJ

RAÍCES DE FUTURO



Colección Raíces de Futuro. Serie Raíces

4. Ignacio de Loyola

José María Rodríguez Olaizola, sj

Copyright @ 2019 *by Educc* – Editorial de la Universidad
Católica de Córdoba.

Diseño editorial: Sofía García Castellanos.

Rodríguez Olaizola, José María

Ignacio de Loyola / José María Rodríguez Olaizola. - 1a ed . - Córdoba :
EDUCC - Editorial de la Universidad Católica de Córdoba, 2019.

Libro digital, PDF - (Raíces de futuro ; 4)

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-626-419-8

1. Biografía. 2. Jesuitas. 3. Santo. I. Título.

CDD 920.71



Ignacio de Loyola

———— JOSÉ MARÍA RODRÍGUEZ OLAIZOLA, SJ

Este texto forma parte de la serie **Raíces** perteneciente a la colección **Raíces de Futuro**; está tomado de Rodríguez Olaizola, J. M. (2010). En *Compañía de Jesús* (pp. 15-43). Bilbao: Sal Terrae – Mensajero. Se reproduce con autorización del autor.



«Ignacio es un santo actual. Su santidad habla muy bien a nuestra época. Hay santos que, de algún modo, encajan en un tiempo pasado y cuya historia hoy nos deja más bien indiferentes, nos resulta anodina o nos habla de una piedad propia de otro período histórico, desvinculada de nuestro presente. Y sin embargo, aquí tenemos a un personaje que sigue atravesando los siglos para hablarnos. Un hombre activo, batallador, frágil y fuerte al mismo tiempo, tenaz, con un carácter arrollador. Capaz de movilizar a otros. Atento a su mundo. Un hombre muy práctico. Conocedor de las personas y buscador infatigable de Dios».

Olaizola, José María
Ignacio de Loyola, nunca solo

Como otras muchas historias, esta comienza con la vida sorprendente de un hombre: Ignacio de Loyola. Su historia allá por el siglo XVI, es digna de largos relatos, pero aquí solo caben unas pocas pinceladas, así que intentemos ir a lo esencial.

Habrás oído hablar de san Ignacio. Cuando ponemos el «san» delante puede dar la impresión de que vamos a hablar de una vida demasiado distinta, porque parece que los santos son figuras de otra época o personas que viven de otra manera, como muy ajenos a lo cotidiano. Pero nada más lejos de la realidad, los santos son gente con los pies en la tierra, que pasan por el mundo viviendo muy a fondo. Hoy diríamos que dándolo todo, apostando fuerte,

amando con locura y amando mucho. ¿Y quién no querría algo así para su vida? Déjame hablarte un poco de Ignacio.

¿Por qué fundó a los jesuitas? En realidad esto surgió cuando ya era mayor. Tenía 49 años, cuando el papa Paulo III autorizó la fundación de aquella orden religiosa. Y 49 años en el siglo XVI ya es una edad muy avanzada. La verdad es que no siempre pensó que se juntaría con otros hombres para compartir una misión. Su vida dio muchas vueltas hasta que, junto con ocho amigos, fundó la Compañía de Jesús.

EL JOVEN QUE QUISO TENERLO TODO Y FRACASÓ

Sus primeros pasos fueron distintos. Como cualquier otro, fue un joven con sueños, con ideales, con ambición y con proyectos. Quiso triunfar, brillar en sociedad, seducir a las damas más distinguidas, ganar títulos, riquezas, honor.

¿Quién no sueña, cuando es joven, con alcanzarlo todo? Te ves triunfante, popular, exitoso. Quieres demostrar tu valía. Ansías vencer, alcanzar tus metas, poder demostrar a la gente cuánto vales. Pues eso hizo el joven Íñigo, el hijo pequeño de la casa de Loyola. En la España de los Reyes Católicos intentó labrarse un nombre.

Entonces los mejores caminos para ello eran el clero, la nobleza o el ejército. Pero lo de la carrera

eclesiástica no le interesaba en absoluto, así que el primer proyecto fue tratar de triunfar en la corte. Su padre, que había enviudado siendo él muy niño, le mandó a casa de un noble en Arévalo. Allí pasó largos años de educación cortesana. Le gustaba. Era un mundo de señores y damas, de torneos y galanterías. No sé con qué podríamos comparar hoy aquellas cortes renacentistas. ¿Serían el equivalente a los personajes frívolos que aparecen en el mundo del corazón? ¿O acaso los poderosos que mueven los hilos de la sociedad? Un poco de todo. El caso es que, entonces, como ahora, era importante estar bien situado, tener buenos padrinos...

Pero el protector de Íñigo cayó en desgracia ante el rey. Y en aquella sociedad eso implicaba que se cerraban las puertas a sus protegidos. De modo que Íñigo, tras largos años de esperar tener un hueco en la corte, se encontró con que nunca iba a pasar de ser un simple paje.

Entonces lo intentó en el ejército. La carrera militar también era una forma de labrarse un nombre. Por eso entra al servicio del Duque de Nájera, y con él se preparó para la guerra. Sin embargo, cuando la guerra llegó, lejos de ser la ocasión de grandes hazañas, truncó sus sueños. En Pamplona, defendiendo la ciudad del ataque de un ejército francés, una bala de bombardera (como un pequeño cañón) le destrozó la rodilla y le incapacitó para la vida militar.

¡Vaya fracaso! El gran Íñigo pasó de verse triunfando en el mundo a reconocer la derrota más absoluta. Volvió al caserío de Loyola en camilla, hecho polvo y con la sensación de ser una nulidad. Tenía casi 30 años y no había hecho nada.

EL FRACASADO QUE SE ENCONTRÓ CON DIOS

En Loyola, durante una convalecencia que fue larga, porque la pierna destrozada tardó en curarse (y nunca del todo), atendido por su hermano y su cuñada, descubrió a Dios. No es que nunca antes hubiese oído hablar de él. En esa época Dios estaba en todas las bocas. Era una sociedad muy religiosa. Sin embargo, hasta entonces había sido para él una convención, una rutina, una idea. Pues durante ese tiempo de enfermedad, al no tener mucho que hacer se dedicó a leer, y los únicos libros que tenía a mano eran una vida de Cristo y el relato de las vidas de algunos santos. Empezó esa lectura sin ganas. Hubiese preferido otro tipo de relatos, novelas de caballeros o similares, y no esas historias piadosas que no le atraían en absoluto. Pero al ir zambulléndose en esas páginas se dio cuenta de que Dios no era una tradición o una idea, sino alguien muy vivo, muy presente, y empezó a pensar que quería parecerse a aquellos santos que habían hecho grandes cosas movidos por la fe. Ese fue el motivo de un cambio de

vida radical. Sus anteriores deseos de fama y poder dieron paso a un nuevo sueño: quería ir a Jerusalén para vivir como Jesús. Ya no quería triunfar ante los hombres sino ante Dios. Y con ese deseo se puso en marcha.

No fue fácil. Primero porque entonces, como ahora, la familia no iba a estar muy de acuerdo, y más bien pensarían que estaba chiflado. Así que tuvo que irse sin contarles demasiado. Empezó con gestos muy llamativos, como cuando le cambió sus ropas de noble a un mendigo o cuando, en Monserrat, dejó sus armas delante de la Virgen. En ese momento era como un aventurero haciendo gestos cargados de sentido, aunque también un poco extremos.

Pero lo verdaderamente difícil, más allá de lo que otros pensasen, es que aún le faltaba encontrar de verdad a Dios. Lo que había descubierto en Loyola era aún una idea, un proyecto, unos ideales. Y pensaba que le bastaba tener eso claro para hacer todas esas cosas que tenía en mente. Pero el problema es que pensaba hacerlo por sus propias fuerzas. Pensaba que bastaba su coraje, su convicción o su pasión. Pensaba comerse el mundo y ganar el aprecio de Dios. Pero claro, una cosa son los sueños que uno alberga y otra cosa es cuando te pones a ello y te das cuenta de que la realidad es más compleja. Íñigo tardó bien poco en descubrir que no se sentía capaz. Reconocía que era un desastre, que en la vida

había hecho muchas cosas mal, que se sentía muy débil. Así que, cuando aún estaba empezando su camino, como que se encontró sin saber muy bien adónde iba.

Ese fue el punto de partida para volverse de verdad a Dios. Y eso lo dejó anclado en una ciudad llamada Manresa, cerca de Barcelona, donde pasó varios meses tratando de aclararse.

Lo pasó fatal. En algún momento de desesperación hasta estuvo a punto de tirarse a un pozo. Fue un proceso difícil en el que empezó a descubrir de verdad que la fuerza no era suya, sino de Dios. Empezó a entender lo que es sentirse pecador y, sin embargo, llamado a hacer algo. Comenzó a darse cuenta de la vida que había en el Evangelio (y empezó a perfilar lo que luego se convertiría en los ejercicios espirituales, aunque de eso hablaremos más adelante). Pero la lección más importante la aprendería al darse cuenta de que el protagonista no era él, Íñigo, sino Dios... Dios es el que ama, el que nos ha creado, el que alienta y fortalece nuestras flaquezas, el que ilumina nuestras tinieblas. Sólo cuando aceptó esto y dejó de verdad que el protagonista fuese Dios pudo seguir su camino.

Aquí es necesario un paréntesis. ¿Cómo va a ser Dios el protagonista, entonces o ahora, si no le vemos, no le oímos y no se nos aparece? Pues en parte porque sí hay indicios de Dios en nuestra vida. Sen-

timientos que afloran cuando leemos el Evangelio. Emociones, intuiciones, imágenes que nos remueven por dentro. Ideas que uno jamás habría pensado por sí mismo y, sin embargo, en cierto momento te parecen evidentes. Ahí descubrimos llamadas. Así habla Dios. En tiempos de Ignacio y hoy en día.

EL PEREGRINO EN BUSCA DE UN DESTINO

Retomemos la narración. Íñigo continuó su camino, ahora sí, dejando que el protagonista fuera Dios, el Dios que descubría en Jesús pobre y humilde, tal como lo veía en el Evangelio. Y siguió adelante con su plan de viajar a Jerusalén. No fue un viaje fácil. Hoy en día, en nuestro mundo de autovías y aviones que nos llevan a cualquier sitio en poco tiempo, cuesta imaginar lo que serían los viajes atravesando mares y países hace unos cuantos siglos. Los peligros e incidentes que podrían sobrevenir en una época violenta como la de Íñigo eran enormes. Su viaje de Barcelona a Roma, de Roma a Venecia y de Venecia a Jerusalén le llevó medio año. Además, salvo algunas partes del trayecto en barco, ese recorrido lo hizo a pie y viviendo en pobreza radical, pues esa era su opción.

Todo para llevarse una nueva decepción. Y es que al llegar a Jerusalén no le dejaron quedarse allí. Su intención era pasar su vida por aquellos lugares,

anunciando la palabra de Jesús. Sin embargo, lo de Jerusalén ya era conflictivo entonces. Estaba bajo dominio turco, y solo los franciscanos tenían permiso para estar establecidos allí, y los peregrinos que llegaban, con cuentagotas y estrictas medidas de seguridad, debían regresar a sus lugares de origen. Tener a un cristiano predicando por las calles era una provocación o un pasaporte seguro al martirio. Así que le obligaron a volverse. Todo su gozo en un pozo.

¿Qué hacer entonces? ¿Qué quería Dios que hiciera con su vida? Seguía corriendo el reloj. Tenía entonces 32 años. Decidió estudiar. Si pensaba anunciar el Evangelio, si iba a tratar de ayudar a los demás, no parecía descabellado formarse para ello. Así que, tras desandar el camino andado –de nuevo como peregrino en un mundo turbulento– inició una época de estudios. Primero en Barcelona, donde pasó dos años aprendiendo latines, y eso que tenía que compartir el aula con críos que, seguramente, se preguntaban qué pintaba un hombre así de mayor estudiando. En Barcelona hizo buenos amigos, gente que hablaba con él y a quienes aconsejaba. Íñigo descubrió que tenía una capacidad especial para ese tipo de conversación sobre las cosas más hondas. Era de esas personas con quienes otros se sentían a gusto compartiendo historias, confidencias y búsquedas.

Tras Barcelona se fue a Alcalá de Henares. Ya no estaba solo, pues en Barcelona se le habían juntado

otros jóvenes seducidos por la idea de llevar ese mismo tipo de vida y le siguieron a Alcalá, pero allí tuvieron nuevos problemas. Esta vez porque la Inquisición quería saber quién era Íñigo, con qué base hablaba de Dios, y si no estaría quizás fomentando alguna herejía. Aunque no le acusaron de nada, le prohibieron hablar de cosas de Dios con otros, así que abandonó la ciudad y volvió a comenzar en Salamanca. Pero en la ciudad del Tormes les ocurrió de nuevo lo mismo. Sospechas, interrogatorios, juicios... Además, no conseguía centrarse en los estudios. Se le iba demasiado tiempo acompañando a gente que quería hablar con él. Y claro, como en todas las épocas, si no te centras en los estudios las cosas no se aprenden solas. Así que, tras otros dos años perdidos, decidió irse a París junto a esos amigos primeros.

PARÍS. AMIGOS PARA TODA LA VIDA. PROYECTOS COMUNES

Y allá se fue Íñigo, abriendo camino... Tal era su decisión de cambiar de vida, de tomar en serio los estudios, de empezar una nueva etapa, que se cambió el nombre. En París empezaría a firmar como Ignacio.

Esperó que llegasen sus compañeros pero lo dejaron plantado. Aunque se habían comprometido a ello, por distintas razones a la hora de la verdad no

le siguieron a Francia. Sería, seguro, un chasco para él. Sin embargo, Ignacio no era un hombre que se rindiese ante la contrariedad. Se había dado cuenta de lo interesante que resultaba, para su proyecto de ayudar a las gentes, no estar solo. De modo que en París, a la vez que estudiaba, empezó a compartir con otros estudiantes aquello que había descubierto en los tiempos de Manresa: una manera de rezar, de buscar la voluntad de Dios, de asomarse al Evangelio... es decir, lo que más adelante llegaría a llamarse ejercicios espirituales. Esto ayudó a muchos de ellos a decidir qué querían hacer con sus vidas.

Los años de París fueron años intensos. Vivía de los donativos (hoy diríamos becas) de señores nobles, primero de Brujas, y luego de Londres. Cursaba estudios eclesiásticos. Y fue juntando en torno a sí a un grupo de jóvenes que vibraban, como él, con la idea de irse a Jerusalén a predicar el Evangelio. Entre ellos, los dos con quienes le tocó compartir habitación en el colegio donde estudió: el saboyano Pedro Fabro y el navarro Francisco Javier.

Es bonito pensar en estos tiempos como tiempos de amistad. Una amistad profunda y juvenil. La amistad con lo que se comparten los sueños, las risas, los planes, los proyectos. La amistad auténtica de quien deja que otro le conozca bien. La amistad capaz de confiar en otros. No fue fácil. Podría parecer que, sencillamente, coincidieron, se cayeron bien y

ya está. Pero la verdad es que cada uno de ellos tuvo una historia distinta, y no siempre fue fácil.

Quizás el más conocido de esos primeros compañeros, Francisco Javier, es el que, en contacto con Ignacio, cambió de manera más radical. Era un tipo popular, adionado a la fiesta, deportista, despilfarrador y ambicioso... y sin embargo, Ignacio le abrió la puerta a otro mundo mucho más rico, hondo y espiritual. Pero eso le llevó años. Al principio Javier posiblemente pensaba que Ignacio era un personaje un tanto estrafalario al que toleraba porque le prestaba dinero. Pero poco a poco la burla dio paso a la interrogación, y esta a la búsqueda. Y es que Ignacio contagiaba algo. Pasión, hondura, convicción...

Seis años pasó Ignacio en París. Y a Fabro y Francisco Javier se unieron pronto otros amigos: Diego Laínez, Nicolás Salmerón, Nicolás Bobadilla, Simón Rodríguez... Estos compañeros trazan un plan ambicioso.

Imaginemos la situación. Debió de ser un tiempo fascinante. Es como cuando uno planea unas vacaciones o algún otro proyecto muy atractivo con sus amigos. Todos son ilusiones, emoción, ideas... con la salvedad de que lo que estos seis estaban planeando no era algo que les fuera a ocupar quince días o un mes, sino toda la vida. Decidieron ir a Tierra Santa, tras las huellas del Jesús que a todos seducía. Ayudar allí a quien pudiera necesitarles. Y convirtieron el deseo en un compromiso firme.

Lo prometieron al tiempo que se consagraban a Dios en una capilla, en Montmartre. Eso sí: escarmentado Ignacio, quizás, por lo aprendido a lo largo de una vida con tantos quiebros y requiebros, en lo que nada salía como tenía previsto, formularon esta vez una alternativa para el caso de que, por la razón que fuera, no pudieran llegar a Tierra Santa. Si se diera esa situación, entonces se comprometían a ir a Roma para que el Papa les enviara a donde quisiera, a trabajar por el Evangelio al servicio de la Iglesia.

UNOS PLANES SE TRUNCAN Y OTROS SURGEN. APARECE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

Hemos llegado a 1534. Ignacio tenía ya 43 años. Parece que su futuro se iba aclarando. Antes de emprender esta nueva etapa, y con la salud quebrada, en parte como consecuencia de lo exigente de su vida desde que se echó a peregrinar, volvió a España para reponerse un poco.

Por primera vez, desde que abandonó su tierra, regresó a Loyola, aunque en lugar de alojarse en el caserío familiar se quedó en el hospital de Azpeitia. Los vecinos debieron de quedar más que sorprendidos al reconocer al hijo menor de la casa de Loyola, que había partido como un noble gallardo, y regresaba tan gastado y vestido poco menos que con harapos, predicando y compartiendo techo y

pan con enfermos y mendigos. Su hermano Martín, más que sorprendido, estaba indignado. Sin embargo, todos, vecinos y familiares, fueron descubriendo en el cambio de Ignacio algo que les llegaba muy dentro. En los meses que pasó en Azpeitia dejó una fuerte huella y un aire de conversión profunda en toda aquella gente.

En cuanto obtuvo respuesta siguió camino. Visitó a las familias de alguno de sus compañeros parisinos para hablarles de los planes del grupo. Y finalmente embarcó con dirección a Venecia, adonde llegó en 1535. Allí esperó hasta que llegaran sus compañeros, directamente desde París.

Fue el suyo un reencuentro gozoso. Estaban en marcha. En París se habían unido otros tres hombres al grupo. Claudio Jay, Pascasio Broet y Pedro Coduri. Solo tenían que conseguir permisos y esperar a que zarpase el barco de los peregrinos hacia Jerusalén. Pero calculaban que esto les llevaría meses. En Venecia se ordenaron los que aún no eran sacerdotes.

Durante este tiempo de espera los compañeros trabajaron como voluntarios en los hospitales, cuidando a los más heridos, aprendiendo a mirar la realidad más atravesada. Descubriendo que el Evangelio, la bienaventuranza, la cruz o el amor no son ideas bonitas para discutir en las aulas, sino dimensiones de un mundo hermoso pero golpeado.

Allí entendieron que el amor por las criaturas no es fácil, y que quizás quienes más atención necesitan son los más olvidados e invisibles.

Una nueva contrariedad retrasó sus planes. El barco de peregrinos no iba a zarpar aquel año por la amenaza turca. ¿Qué hacer? ¿Ir a Roma y olvidar su plan primero? Decidieron darse un tiempo. Esperar. Repartirse por ciudades vecinas. Fue en vano. El barco no iba a ir a Jerusalén de ninguna manera. Y aquello que habían pensado como alternativa lejana se convierte ahora en su meta. Irían a Roma a presentarse ante el Papa para que les enviase donde quisiera. Un grupo así, de hombres más o menos jóvenes y bien formados, seguro que venía bien en cualquier lugar.

Fueron viajando a Roma en distintos grupos. Ignacio, en su trayecto, tuvo una experiencia de oración que le marcó profundamente. En un lugar llamado *La Storta* sintió dos cosas: una, se sintió profundamente unido al Jesús pobre y humilde. Como que el mismo Dios le hiciese compañero de Jesús. Y la segunda, sintió que Roma se convertía en su Jerusalén, una meta inesperada hacia la que en realidad Dios le había ido encaminando.

Al fin se juntaron todos en Roma. Ahora tocaba ofrecerse al Papa. Pero les entró una cierta nostalgia. ¿Era el momento de separarse? Era posible que el Papa les enviase a lugares distintos. ¿Acababa aquí su historia común?

En el siglo XXI las separaciones no parecen tanto, cuando seguimos conectados por muchos medios y podemos seguir viéndonos, aun a distancia, cada vez por más canales. Hoy parece que no hay distancias. Pero en 1538 la separación podría ser definitiva. Por eso volvieron a pensar. Y decidieron proponerle al Papa que les aceptase como un grupo, no como personas separadas. Es decir, querían convertirse en una orden religiosa. Con la misma idea. Ser enviados a cualquier lugar del mundo. A trabajar en aquello que la Iglesia pudiera necesitar. Pero con el matiz de seguir unidos.

En 1539 le presentaron su propuesta a Paulo III. Y aunque hubo muchas dudas y resistencias por parte de algunos cardenales, finalmente en 1540 se aprobó la Compañía de Jesús. Ya estaban los jesuitas en marcha (aunque aún no se les llamaba jesuitas).

LOS AÑOS ROMANOS DE IGNACIO. PRIMER GENERAL DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

Empezó entonces la dispersión del grupo. Ignacio, el viajero que había recorrido a pie tantos miles de kilómetros, iba a ser esta vez, y muy a su pesar, el que se quedase en Roma mientras los otros se dispersaban. Francisco Javier será el misionero infatigable que llegue a las Indias y a Japón. Pero Ignacio no podrá seguir su vida de peregrino. Roma es

su destino, y quizás un poco su atadura. Aunque se resistió todo lo que pudo, los otros le eligieron Superior General de la Compañía de Jesús. Y el grupo ya no eran los primeros nueve, sino muchos más, porque desde muy pronto se empezaron a unir a ellos otros hombres deseosos de formar parte de ese mismo proyecto. Comenzó entonces una etapa de crecimiento vertiginoso, y de actividad incesante para Ignacio. Serían quince años en los que se multiplicara su actividad, al frente de una orden religiosa que empezaba a moverse en todo el mundo entonces conocido.

Ignacio, en Roma, trabajaba, escribía cartas a todo el mundo, trataba de redactar unas constituciones por las que se rigiese la nueva orden. Acompañaba a personas que querían hacer su mismo camino espiritual a través de los ejercicios espirituales, que al fin habían adquirido su forma definitiva. Era formador de otros hombres que se unían a la Compañía. Intentaba ayudarles a hacer un itinerario interior que les preparase para ser verdaderos apóstoles, en esta Europa que se veía sacudida por el terremoto que suponía la Reforma de Lutero.

Se envolvió en múltiples iniciativas apostólicas: el trabajo con prostitutas, la catequesis de niños, la creación de centros de formación para los que iban uniéndose a la Compañía. No era fácil. Había obstáculos. Y entonces, como ahora, también encontraba

enemigos, problemas internos –alguno de los compañeros le dio fuertes quebraderos de cabeza por actitudes inconvenientes– y opositores externos. Más de una vez tendrían que responder a acusaciones de todo tipo. Y siempre se lanzaba Ignacio como un león a pelear para que el buen nombre del grupo saliera limpio de las denuncias que consideraba injustas.

Fue viendo morir a alguno de sus mejores amigos, como cuando Fabro, tras pasar años trabajando en Alemania, se apagó de puro agotamiento en una visita a Roma. Añoraba también a Javier, que de vez en cuando escribía cartas apasionadas que resonaban en todos los universitarios europeos y encendían en muchos jóvenes el deseo de seguir sus pasos.

Una vez intentó dimitir, que eligieran a otro. Pero los compañeros no lo aceptaron. Así que pasó sus últimos años de vida en Roma, al pie del cañón. Hasta que, en 1556, con 65 años de edad, le llegó la muerte en sus habitaciones romanas.

Cuando murió Ignacio, la Compañía de Jesús contaba con más de mil hombres en cuatro continentes. Solamente en Italia había ya cerca de quinientos. Trescientos en España, doscientos en Portugal. Tenían numerosos colegios, y pronto serían más, en todo el mundo. Había en ese momento jesuitas en la India y Extremo Oriente, Brasil, Etiopía... Era solo el comienzo.

Ignacio fue canonizado el 12 de marzo de 1622, junto a su gran amigo Francisco Javier, santa Teresa de Jesús, san Isidro Labrador y san Felipe Neri.

CUATRO LECCIONES DE LA HISTORIA DE IGNACIO. CUATRO RASGOS DE LOS JESUITAS.

Quizás te preguntas a qué se debe tanto énfasis en esta biografía si en realidad queremos hablar de los jesuitas de hoy. ¿Por qué es importante la historia de san Ignacio para entender bien a los jesuitas? Fundamentalmente porque mucho del espíritu que anima sus proyectos bebe de la propia biografía de Ignacio. Déjame entresacar algunos de esos elementos.

Ese deseo de **buscar la voluntad de Dios**. Una y otra vez nos preguntamos, en la vida, ¿qué querrá Dios de mí? ¿Cuál es mi camino? ¿Qué debo elegir? Ignacio no lo tuvo fácil. Dio muchos giros. Pensó que su destino era ir a Jerusalén para quedarse, y sin embargo tuvo que volver a España. Pensó estudiar, y las ciudades elegidas resultaron hostiles a él. Juntó amigos, y los primeros le dejaron colgado. Con los segundos planeó una cosa, y terminaron haciendo otra bien distinta. Y hasta cuando, ya fundada la Compañía de Jesús, él pensaba en continuar su camino por el ancho mundo, se encontró viviendo en unas habitaciones romanas durante quince

años. Y es que no es fácil descubrir lo que Dios quiere de uno. Todos tratamos, en la vida, de avanzar para encontrar el propio lugar en el mundo. Eso que llamamos vocación no es exclusivamente de curas y monjas. Todos tenemos algo así como una vocación, encajamos en un lugar determinado. Puede ser profesional o relacional.

El caso es que la vocación de los jesuitas de andar por todo el mundo, teniendo a Jesús como referencia esencial, trabajando en lugares y cuestiones muy diversas, dispuestos siempre a partir a otro sitio, allá donde puedan ser más necesarios para ayudar a compartir el Evangelio, bebe de ese itinerario de Ignacio.

También arranca de Ignacio al descubrir que muchos de los pasos importantes en la vida los damos con otros, y el sentirse parte de un proyecto que le desborda a uno. **La amistad** tuvo un papel fundamental en su vida. Casi desde que empezó su peregrinación fue conectando con gente distinta. Hombres y mujeres. En Manresa, en Barcelona, en Alcalá, Salamanca, París, Roma... En todos estos lugares dejó buenas memorias, recuerdos y relaciones. Y de una manera especial, los compañeros con los que terminaría fundando la Compañía de Jesús fueron, en primer lugar, amigos. Unidos por una pasión común, una fe firme y una camaradería auténtica.

Esto es fácil de entender hoy. ¿Quién no necesita amigos? A cualquier edad, y en cualquier circunstancia. Son quienes te conocen y te aceptan como eres. Quienes se acuerdan de ti, aun en la distancia –cuentan que Francisco Javier guardaba, en una medalla, las firmas de sus amigos, que eran, aun al otro lado del mundo, uno de sus más preciados tesoros–. Los jesuitas hoy también viven esa amistad. Son distintos. Piensan a menudo de manera diferente. Chocan entre sí por muchos motivos. Pero se reconocen. Hay una cierta familiaridad y acogida primera entre ellos.

La tercera lección es el reconocer en **la Iglesia**, con todas sus luces y sus sombras, un espacio donde esta misión puede enraizar. A veces ese es uno de los temas que hoy en día a la gente le provoca más quebraderos de cabeza. ¿Cómo se puede ser parte de esta Iglesia, cuando a veces se tiene la imagen de una institución demasiado humana, demasiado mediocre, demasiado incoherente...? Bueno, Ignacio tampoco lo tuvo fácil. Es decir, le tocó vivir en un tiempo en el que la Iglesia tenía muchas grietas. Había abusos, nepotismo –es decir, que se daban cargos importantes entre familiares–. Algunos de los grandes papas del siglo XVI llevaron vidas escandalosas o fueron en realidad señores renacentistas con alma de guerreros. Había mucho desorden y necesidad de reformas (no en vano es en este siglo cuando Lutero plantea la Reforma). Y la Contrarreforma no

será únicamente una respuesta frente a los protestantes, sino una verdadera reforma interior.

Ignacio, sin embargo, se fiaba de que por encima de las sombras hay una luz que hace que la Iglesia sea espacio de Evangelio. Se fiaba de una historia en la que, más allá de titubeos y ambigüedades, se ha ido transmitiendo una verdad increíblemente humana, la verdad desvelada en Jesús de Nazaret. Aceptaba que toda institución formada por seres humanos tiene la debilidad de los seres humanos, pero también la fortaleza de las personas cuando estas se dejan seducir por Dios. Y en esta tensión supo vivir. Como los jesuitas hoy en día. En una Iglesia que es pecadora y creyente. También ellos lo son.

Por último, descubrimos en Ignacio la sensibilidad para ayudar y compartir, en diversas circunstancias, la vida de **los más desfavorecidos, los pobres, los rotos**. Dice en cierta ocasión san Ignacio que «la amistad con los pobres nos hace amigos de Dios». Es una frase curiosa. Pero que él vivió... Al caminar sin recursos. Al vivir de limosna. Al compartir lo que recibía con otros tan necesitados como él. Al alojarse en hospitales y cuidar a los más golpeados por la vida. Al tratar de ayudar en Roma a las prostitutas a alejarse de esa vida y encontrar otras oportunidades.

Todo esto nacía de la manera en que él imaginaba que Dios veía el mundo, un mundo herido y necesi-

tado de sanación. Los jesuitas siempre han tenido –o al menos buscado– esa misma sensibilidad. Su formación les lanza a salir de las burbujas de bienestar para conocer las simas de nuestro mundo. En su historia esto se ha repetido en distintos momentos. Baste citar dos de esos momentos paradigmáticos: uno, la creación de las reducciones del Paraguay, es decir, las misiones con los indios guaraníes, tan bellamente representadas en la película *La Misión*. En un mundo para el que los indígenas eran esclavos en potencia, aquellos misioneros fueron capaces de crear espacios de desarrollo, cultura, dignidad y armonía que siguen siendo hoy referencia del encuentro entre pueblos. Dos: cuando el Padre Arrupe convocó la Congregación General 32 (una reunión de representantes de los jesuitas de todo el mundo), de ese encuentro salió una formulación que sigue siendo hoy definitoria de lo que los jesuitas intentan hacer, trabajar por la fe y la justicia. Un binomio indisoluble. Hoy unen a ambos términos aspectos como la cultura, pero el acento en fe y justicia sigue siendo esencial.



José María Rodríguez Olaizola (Oviedo, 1970), sacerdote jesuita, teólogo y sociólogo, trabaja en pastoral con universitarios en Madrid, España. Es miembro del Consejo de Redacción de la revista *Sal Terrae*. Integrante del equipo que lleva adelante el sitio web “Rezando voy”. Es autor de libros y artículos en los que, desde la perspectiva evangélica, reflexiona acerca de problemáticas actuales tales como los miedos, las adicciones, la vida acelerada. Entre sus obras se destacan *Hoy es ahora, gente sólida para tiempos líquidos*, *Ignacio de Loyola, nunca solo*, *Bailando con la soledad*, y *Contemplaciones de papel*.

fides
iustitia
utilitas
humanitas





**UNIVERSIDAD
CATÓLICA
DE CÓRDOBA**
JESUITAS